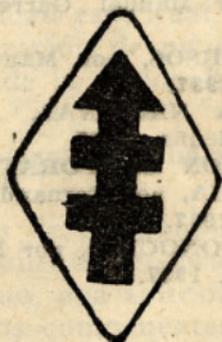


# ELEMENTOS CHILENOS PARA UN ORDEN NUEVO

POR

IGNACIO PALMA VICUÑA

Presidente Nacional de la Juventud Conservadora



## **Bibliografía de la Juventud Conservadora**

- HACIA EL IDEAL POLITICO DE UNA JUVENTUD**, por Ricardo Bolzard. 1929.
- EL FUTURO DEL PAIS Y EL PARTIDO CONSERVADOR**, por Pedro Lira Urqueta. 1933.
- HACIA UN IDEAL POLITICO**, por Manuel Garretón Walker. 1934.
- LA REVOLUCION DEL ORDEN, DE LA JUSTICIA Y DE LA TRADICION**, por Manuel Garretón Walker. 1936.
- POLITICA, ECONOMIA Y CORPORACIONES**, por Manuel Francisco Sánchez Ugarte. 1936.
- NUESTRA POSICION AL COMENZAR EL AÑO**, por Manuel Garretón Walker. 1937.
- TRES DISCURSOS**, por Manuel Garretón Walker. 1937.
- UNA TAREA NACIONAL**, por Ignacio Palma Vicuña. 1937.
- ORGANIZACION CORPORATIVA DE LA ECONOMIA**, por Fernando Durán Villarreal. 1937.
- CHILE DESCONOCIDO**, por Eduardo Frei Montalva. 1937.

# Elementos chilenos para un orden nuevo (1)

“Chile, dice un eminente historiador americano, pueblo cuya significación étnica y cuyas energías le han permitido desarrollarse dando a todas sus afirmaciones un sentido de originalidad, sabrá resolver nuevos problemas con fórmulas propias”.

Y esta autenticidad que, a través de la historia patria tuvo una realización en la obra creadora de los gobiernos nacionales del pasado siglo y que ha ido disminuyendo cada vez con mayor rapidez, produjo dentro del concierto de las naciones hispánicas un pueblo diferenciado, definido y fecundo en que la unidad espiritual, la práctica de la libertad civil y la estabilización de un orden jurídico sirvieron de base al desarrollo de la nacionalidad.

## Los elementos nacionales

Los constructores de la república forjaron un estado, una vida y un alma chilenas procurando crear, independiente de todo personalismo, una síntesis espiritual e ideológica que diera unidad a los componentes de nuestro medio social. Así emergió la república, aislada entre el caos americano de que habla Bolívar en sus trenos proféticos y que jefes de llaneros y gauchos se encargaron de mantener, por espa-

---

(1) Ensayo leído en la 1.ª Concentración Nacional de la Juventud Conservadora de Chile (12 de Octubre de 1935), con el título: “Sentido Nacional de nuestro Movimiento”.

cio de más de cincuenta años, de uno al otro extremo del continente.

Mientras en otros países de América la libertad sólo producía la confusión y el desorden, entre nosotros, la evolución sin interrupciones de nuestra cultura pre-republicana — facilitada por el aislamiento geográfico — ordenaba la libertad, fomentaba la personalidad y creaba un estado en que los valores espirituales constituían su fuerza y su estabilidad.

Por eso, la actuación extraordinariamente hábil de los chilenos de la primera República que, aunque bajo formas importadas, — la democracia era la moda — procuran mantener el pensamiento propio y castizo y adaptan las nuevas instituciones a la idiosincrasia tradicional, hace que nuestro pueblo obtenga rápidamente eso que Menéndez y Pelayo llama “conciencia nacional”.

La patria chilena adquiere contornos definidos y vigorosos; somos — si no el primero — uno de los primeros valores del continente, y desde el Río Grande del norte hasta el Estrecho de Magallanes se escuchan, admiradas, las palabras de Rodó... “Durante mucho tiempo, en América, en medio de nuestro duro aprendizaje de la libertad, cuando la severidad del juicio extraño, o la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía a nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile”.

Nuestra inferioridad económica, nuestra situación geográfica y nuestra escasa población, no son obstáculos para adquirir la primera posición internacional en Sudamérica. La unidad de la patria, manifestada en la fe, las instituciones y las costumbres nos dió poder moral y material suficiente para hacer posible, en el curso de medio siglo, la realización de esfuerzos gigantes en tres guerras victoriosas, que no interrumpieron el crecimiento y estabilidad de la nación.

El arraigado sentimiento nacional que procuraba energías a la acción del Estado, se basaba sobre todo en una só-

lida unidad espiritual que, mientras se mantuvo, junto con dar al país un sentido claro del bien común para su política interior, extendió su horizonte y su importancia internacional a distancias que después no hemos conseguido igualar.

### La dignidad espiritual

El hombre en la orientación íntima de la política de nuestra primera república tenía un valor cristiano, es decir, algo más que el “ser económico” del socialismo y que “el hombre natural” del liberalismo.

El cristianismo católico, oficialmente reconocido, era la síntesis necesaria que ordenaba, por su sola presencia, la mentalidad de los directores de la república.

Y desde el momento mismo en que empieza a debilitarse su influencia, la línea nacional se quiebra por la disminución de su espíritu.

Así es como entendemos la importancia de acontecimientos que hoy nos parecen pueriles, ridículos e inexplicables, tales como la lucha contra el regalismo, el matrimonio civil o los cementerios laicos, que llenaron la actividad de nuestro viejo partido en los años de su mediodía feliz. No se trataba, como juzgamos con nuestra superficialidad actual, de la resistencia lógica que encuentran las nuevas ideas entre las organizaciones existentes y que tarde o temprano acaban por imponerse. Los relatores de hechos, desconcertados ante su complejidad, podrán considerarlos así.

Pero nosotros, observando los acontecimientos por dentro, vemos que en tales detalles se defendía un principio esencial de la civilización cristiana, un valor universal que también hoy nos une a nosotros: el primado de lo espiritual. Es decir el fundamento de la unidad nacional.

Y ha sido, precisamente esta lenta disminución de la primacía del espíritu lo que ha provocado esas “generaciones escépticas desarraigadas y cosmopolizantes que rebajaron y deprimieron nuestro destino criollo” como se expresa en un libro reciente.

Estos hechos es necesario tenerlos presentes para entender el estado que vendrá, de profunda raigambre nacional, ajeno a las desviaciones del humanismo intelectual o

sentimental e inspirado, por la común aceptación de verdades absolutas, en un concepto definitivo del hombre y del curso de la historia.

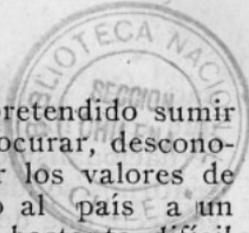
Al mismo tiempo son ellos antecedentes necesarios para explicar la crisis y la angustia actual; este dominio del desorden constitucionalmente establecido que estamos viviendo y del cual nosotros, más que nadie, nos sentimos por entero desligados.

### La crisis liberal

Destruída la nacionalidad por el olvido de la síntesis que mantenía su unidad, por la pérdida del sentido totalitario que le imprimiera el cristianismo, por el desconocimiento de la persona humana, se ha hecho posible la lucha política intelectual y económica entre elementos que la noción del bien común y el sentimiento nacional habrían armonizado y jerarquizado.

Desintegrada la cooperación surgió — y dura hasta hoy — el problema del individuo, que, atomizado en su vida social y económica, resta fuerzas y materializa la idea de patria y de sociedad. Por obligación el hombre aislado, insensible a la emoción nacional porque ésta no llega a su espíritu, dedicándose íntegramente a la satisfacción de sus necesidades materiales para lo cual le basta con el estado policía, ha ido destruyendo, a veces contra su voluntad, el concepto de patria; idea esencialmente espiritual que, antes de permitir exigencias, exige abnegación y generosidad.

Negada toda posibilidad de un destino común y superior, fuera de los intereses propios e inmediatos, ya se manifiesten éstos en la forma aislada del liberalismo económico o en la solidaria del comunismo, aprismo o nacismo, el sentido nacional se diluye por la pérdida de una de sus características fundamentales, transformándose en un sentimentalismo difícil de definir. Perdida la diferenciación de los pueblos, base del único universalismo posible, se cae en esa vaguedad internacionalista que no se funda sobre realidad alguna y ante la cual el pueblo permanece en una total indiferencia.



La obra educacional en Chile nos ha pretendido sumir en una gris uniformidad internacional al procurar, desconociendo la interpretación cristiana, disminuir los valores de nuestra tradición criolla. Ella ha llevado al país a un régimen de coloniaje intelectual que hará bastante difícil una parte de la jornada que emprendemos hoy: la chilениzación de Chile.

### El olvido de la realidad

Por esta pérdida del contacto con la realidad, que era ya para Goethe el mayor peligro para los hombres, el tercer decenio del siglo nos presenta un país que, destruido casi su genio nacional, marcha a la deriva, viviendo vegetativamente su actualidad económico-social, o a lo más, siguiendo las aguas de otras potencias continentales. Una política, una vida económica y un arte débiles que no han sabido manifestar en forma propia las categorías universales del espíritu, han acabado con la personalidad de un pueblo que informe aún, “buscaba su inspiración en el derecho, que venía a la naturaleza en las selvas y los mares del sur, que ponía con el esfuerzo de su brazo el riel sobre las cumbres de los Andes, que buscaba oro en la California de la audacia y la decisión o con la bayoneta calada escribía páginas inmortales en las epopeyas de América”.

El desconocimiento de nuestra realidad, pecado original de estos políticos, profesores o intelectuales chilenos que han viajado por Europa y no conocen, pongamos por caso, Puerto Montt o Magallanes; que hablan de la economía del Imperio Británico y no saben de las posibilidades regionales; que leen la vida de Bismarck e ignoran la historia de Chile; este continuo suplir de la profundidad por la extensión, de la tradición por cualquier nuevo runrunismo político, ha concluido con todo pensamiento original e imposibilitado la producción de valores universales en los terrenos de la especulación y de la acción.

### Elementos de nuestro nacionalismo

Por esto, nosotros que comprendemos bien la profunda necesidad de la fidelidad patriótica y el valor de un sentido

nacional, podemos condenar ese nacionalismo exasperado que todo lo mira a través de un egoísmo nacional y el internacionalismo amorfo, traidor a las realidades vivas. Al sentirnos solidarios y herederos del pasado nacional no quiere decir que declaremos intangibles todos los hombres y todos los episodios de la tradición patria. No se contribuye a la grandeza de la república como suele pretenderlo la declamación demagógica “mediante la exaltación de todo lo nacional por el mero hecho de serlo, sin discernimiento de valores y por consiguiente sin convicción y sin respeto. La unidad espiritual de la nación no puede constituirse mediante la fusión ficticia y la equiparación romántica de la verdad y el error, lo bueno y lo malo que hubo en nuestro pasado y que hay en nuestro presente”. Y es esta conciencia clara de nuestro patriotismo la que, seleccionando los elementos constitutivos de la unidad nacional, nos procura las bases necesarias para reconstituir la economía espiritual y física de la nación.

### Los puntos de partida

El momento que vivimos en Chile preludia el despertar de una nueva conciencia nacional. El país durante más de veinte años ha estado buscando una gran idea que mueva los espíritus, se ha estado preguntando de dónde vendrá la energía salvadora que reconstituya su vida espiritual económica y política. “Ya no tenemos más preguntas que formular, como diría Chesterton. En los más oscuros rincones, en las más solitarias cumbres las hemos buscado diligentemente. Hemos encontrado todas las que había. Dejémonos; ya no es tiempo de buscar preguntas. Vamos ahora a buscar respuestas”.

Y nuestra respuesta la hemos encontrado mirando en el espíritu nacional las bases eternas sobre las cuales reposa nuestra civilización, nuestra historia y nuestra personalidad.

La patria, la familia, la propiedad y el oficio — las tres primeras sobre todo — son conceptos espirituales, que incorporados a nuestra vida política la han tonificado en los tiempos de su dominio sano y la han arrastrado hasta la permanente subversión actual, cuando la ausencia de su sentido social las ha hecho antipáticas a las masas.

Estas realidades en que se fundamenta el destino humano para mantener íntegra su eficacia, necesitan estar vivificadas por un soplo cristiano que estabiliza y da fin sobrenatural a la familia haciendo del matrimonio “estado espiritual”, esto es una armonía de los espíritus; que legitima espiritualmente la propiedad limitándola, explicando su sentido social, y condicionándola como esencialmente provisoria en vista del superior destino individual; y que espiritualiza el trabajo restándole su condición de mercadería intercambiable para procurar, dentro del marco de la profesión organizada, la satisfacción de las necesidades del espíritu.

Nuestra realidad político-social, que presenta el cuadro bochornoso de una familia en descomposición — especialmente entre las clases cultas — de una propiedad en industrias y campos que no ha cumplido su misión social y de un pueblo desnutrido y cesante a pesar de tantas inarmónicas tentativas de previsión, está indicando la tarea gigante que cae sobre los hombros de las nuevas generaciones. Especialmente sobre los que como nosotros hemos puesto en marcha este movimiento ideológico y práctico a cuyas primeras reuniones asistimos, en vez de dedicarnos cómodamente a criticar a los culpables en cuya conciencia no podemos penetrar.

Las circunstancias actuales no son para nosotros producto de hombres determinados, sino la crisis de un sistema de ideas anti-real y anti-humano, contrario por lo tanto, a la razón y al cristianismo y que nosotros reemplazaremos por un orden nuevo, revolucionario con respecto a lo de hoy, que reorganice las jerarquías de modo que puedan vivir el hombre y las instituciones: primero lo espiritual, en seguida lo económico, la política para servir a ambos.

### Llamado a la Juventud

Para restaurar esta jerarquía, para crear este orden nuevo, la juventud del mundo se ha puesto frente a un dilema del que también nosotros somos parte: o se cae en la arbitrariedad hasta la estabilización de nuevos valores absolu-

tos, desconociendo — transitoriamente dicen — la integridad de la persona humana, como sucede en el nazismo, aprismo o socialismo; o se produce la revolución espiritual — sin violencia obligatoria — que salvando lo digno de mantener en la tradición y sosteniendo la integridad de la persona humana y su libertad responsabilizada, nos conduce hacia el Orden Nuevo.

El primer camino convierte, fatalmente, en institución permanente un período que se imagina como síntoma transitorio de aplicación de fuerza. Para salir de él es necesario nuevamente el desorden, o la guerra, o en el mejor de los casos, una vuelta atrás que dé realidad a la nueva construcción.

Pero para quienes, como nosotros, la persona humana se afirma en la libertad aunque exigiéndole una severa responsabilidad moral, espiritual y material, sólo el segundo camino del dilema se halla abierto. Frente al tono actual de la vida, nosotros proclamamos la necesidad de esta revolución espiritual llevada hasta el fin, es decir, la adopción de una actitud que busque las causas profundas de los acontecimientos y que, una vez encontradas, las acepte con todas sus consecuencias, aunque ellas le signifiquen el sacrificio de todas sus prerrogativas burguesas, la realización de extraordinarios esfuerzos morales o la renuncia a ventajas injustas o derechos discutibles.

### La revolución nacional en marcha.

Sólo cuando este espíritu revolucionario, infiltrándose en las almas por una continua acción en su favor haya formado una conciencia de su necesidad y haya producido la unidad necesaria en los espíritus, será posible la instauración del Estado Nacional que realizará el Orden Nuevo. Habrá llegado el momento del dominio de la razón sobre el naturalismo sentimental o intelectual, con lo que el Estado será "órgano del derecho, ya que la razón y no la voluntad es la fuente de la ley; regulador jurídico de la cooperación social al ordenar la actividad de los individuos en corporaciones y grupos profesionales; promotor de la satisfacción

de las necesidades sociales auténticamente expresadas y, como consecuencia, integrador de los diversos intereses en el interés general. Y todo ello sin que el estado absorba o suplante a los varios elementos de la sociedad". De esta manera el Estado será un principio director, y no un mudo testigo de la actuación de los grupos. "La autoridad y la libertad habrán expulsado de la nación a la arbitrariedad y la anarquía, pero al reinar sin obstáculos, estarán reguladas por el gran limitador de toda humana actividad: el Derecho".

Y por encima del derecho, uniendo a las almas, como síntesis moral y filosófica, la fe cristiana.

Para emprender la creación de este Estado Nacional, nuestro movimiento juvenil pone en marcha la multitud de sus energías y hace un llamado clamoroso a aquéllos que desde todos los rincones del país manifiestan su inquietud por el porvenir de la patria. En nuestras filas, que representan la tradición, la verdad y la realidad, sólo no tienen cabida los egoístas, los traficantes de las ideas y los que no sean capaces de sacrificarlo todo para la realización de los grandes destinos nacionales.

Frente a la anarquía presente, el fascismo o el comunismo, nuestra solución se presenta como salvadora, humana y sólida. Yo espero que su realización será la obra que la Providencia tiene deparada a los pueblos de América, para justificar su existencia entre las naciones cristianas.